

Gladys Franco*|**

El dolor de los márgenes (Psicoanálisis y realidad traumática)¹

“Cuesta sí, persistir en la tarea
en el duro ejercicio de ser hombre
y de cantar a un tiempo que nos ciega.”
Walter Ortiz y Ayala, *Hombre en el tiempo*

En los objetivos del psicoanálisis se encuentra la liberación de nuestras ataduras a conflictivas que determinan limitaciones sintomáticas y afectaciones de nuestras potencialidades intelectuales y afectivas. En el transcurso del análisis y con base en el establecimiento de la transferencia, trabajamos un extenso campo de significaciones que aproximan y oportunamente descubren fulgores de una verdad de lo inconsciente que nos estaba vedada. En ese tránsito se hace necesario el dismantelamiento de aquello consignado como la historia vivida, sus memorias que sabremos colocar siempre bajo el título de “recuerdos encubridores” y el cuestionamiento de los afectos enlazados a las figuras significativas de esa historia.

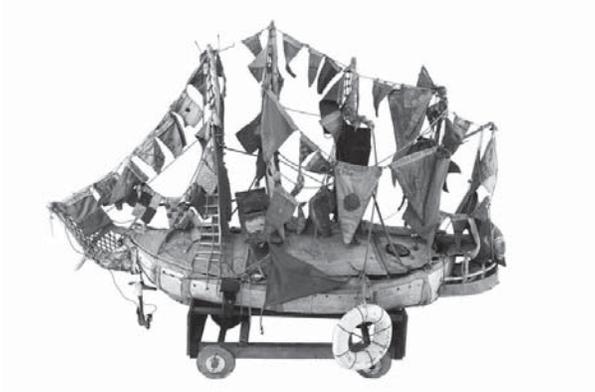
Este enfoque que se sostiene en el fundamental concepto psicoanalítico de la primacía de la realidad psíquica sobre la realidad, encuentra topes que tienen que ver con la realidad traumática, cuando ésta en insidiosa acción organiza en los sujetos-víctimas, el predominio absoluto de la destructividad.

La comprensión del sujeto en psicoanálisis, abarca las cualidades del ser en sociedad. Sabemos, a partir de Freud, la importancia del otro en la constitución del psiquismo, relevancia que sería más tarde extremada en su prioridad con los desarrollos de Lacan y otros autores post freudianos. Así, a partir de Lacan, hablamos del Otro como aquello que “anterior y exterior al sujeto lo determina a pesar de todo” (Chemama & Vandermersch, 2004, p. 488).

* Psicoanalista. Asociación Psicoanalítica del Uruguay

** Quiero expresar mi gratitud a la psic. Beatriz Falero, que me autorizó a ficcionar un material de análisis que integra este trabajo.

1. Premio Fepal, 2014.



Al mencionar la “realidad” externa, o material, se hace necesario señalar que solo es posible hablar de ella en términos de observación de factores llamados “objetivos” (no obstante lo cual las comillas se hacen presentes para tildar de sospechosa toda cualidad objetiva-objetivable). Como tan bien mostrara R. Akutagawa en su cuento *En el bosque*, llevado al cine por el director Akira Kurosawa con el título *Rashomon*², la realidad de lo que acontece, (en el cuento se trata de una muerte) puede ser experimentada y explicada de maneras diferentes según las diversas perspectivas de los espectadores, testigos del hecho. No existe posibilidad de relato de acontecimiento objetivo, ya que todo relato está atravesado por la subjetividad de quien es protagonista o testigo. La importancia de la relatividad de la documentación de la realidad -y aún del testimonio- es actualmente un tópico central para historiadores, antropólogos, sociólogos, etcétera. En esa línea, las disciplinas científicas y artísticas han tomado la perspectiva psicoanalítica de la preeminencia de la realidad psíquica, priorizando la concepción de una realidad construida, confrontada con una realidad material que sería, como tal, incognoscible y por lo tanto interpretable.

Esto no quiere decir que se niegue la realidad en el sentido material; hechos como el nacimiento y la muerte y las posibilidades reales de mantener la vida o por el contrario, favorecer la muerte. Estos factores se nos muestran históricamente determinados por la organización política de la sociedad, la reiteración -repetición- de la organización de núcleos humanos dominantes que pueden sojuzgar la existencia de otros núcleos humanos por razones concientemente expuestas como de preeminencia racial, cultural, religiosa, económica, territorial, etcétera, muestra la validez de la preocupación freudiana,

2. Akira Kurosawa, 1950

expuesta en grandes textos (*Más allá del principio del placer, El malestar en la cultura, Moisés y la religión monoteísta*) y su vejez de ilusiones perdidas, su pesimismo final en relación a las posibilidades de la especie humana. Las dos guerras mundiales que tuvieron a Freud como testigo dejaron inevitables huellas en su pensamiento y en su teorización y aspectos de ésta son aún hoy en día tomados por pensadores que desde otras disciplinas buscan esclarecer los fenómenos de transformación social, en una época como la presente que ha sido caracterizada como el “vértigo civilizatorio” (Viñar, 2002, p. 163). Entre la sociedad industrial y la sociedad de consumo han transcurrido apenas dos siglos, en ese lapso y con ritmo de aceleración mayor en los últimos cincuenta años, la concepción de las clases sociales, del trabajo y de los bienes jerarquizados ha cambiado de forma radical, a la vez que la celeridad de los cambios obstaculiza las posibilidades de reflexionar, comprender y moderar sus efectos.

El psicoanalista a la escucha de su mundo

Para el psicoanálisis es imprescindible nutrirse en el diálogo con otras disciplinas para poder aproximarse a la comprensión de fenómenos sociales que, desde la realidad, inciden en las subjetividades. Variables socio-económicas, culturales, así como macro acontecimientos traumáticos como sujeción a regímenes de fuerza, gobiernos dictatoriales con sus métodos de tortura y ataque generalizado a las libertades individuales, guerras y catástrofes en general -naturales o provocadas-, ponen en jaque las posibilidades de conformación psíquica y su estabilidad.

En el marco del capitalismo global, la mano invisible del mercado, extremando los planteos neoliberales, condiciona la organización de los estados a extremos que han llevado a una radicalización de las diferencias de clase y a un crecimiento desproporcionado de la pobreza: enormes poblaciones son excluidas no solamente de los beneficios de la sociedad cuyos márgenes expanden, sino incluso de la posibilidad de supervivencia. Las condiciones de vida en el contexto de las poblaciones crónicamente empobrecidas conforman un sistema traumático sostenido desde la realidad, a través del tiempo, que incide en las personas a las que no solo consideramos carenciadas sino estructuralmente alteradas por los factores externos. Si hiciéramos un ejercicio de transpolación de conceptos psicopatológicos a lo social, sería acertado decir que estamos en un sistema perverso que, desde el punto de vista político (democracia) promete la igualdad pero que desde la organización económica, el reparto del capital desmiente la promesa. Si generaciones de seres humanos están condenados a la exclusión de los beneficios que otros tienen, la palabra igualdad debe ser leída como una falacia. Esas poblaciones excluidas construyen culturas de exclusión, frecuentemente en oposición a los núcleos centrales de la sociedad cuyo territorio comparten y a cuyos beneficios no pueden acceder.

Zigmunt Bauman (2011) analiza cómo la población pobre en la sociedad de consumo ha sido arrinconada a la significación de enemigo. La pobreza ha existido siempre puesto que no se ha alcanzado

una organización verdaderamente justa, pero, por ejemplo, en la etapa histórica previa a la actual, que Bauman llama “sociedad de productores”, los pobres constituían un conjunto de potenciales trabajadores, una mano de obra disponible, momentáneamente parada; en esos términos, la circunstancia de la pobreza no privaba al sujeto de dignidad -podría decirse que se participaba de una ética de la pobreza-. En la actual sociedad de consumo, los pobres han sido despojados de la dignidad de la expectativa de integración laboral; de hecho, la palabra “marginalidad” surge según este autor, con el fin de la Guerra Fría. En ese contexto, en Occidente, los temores a una amenaza exterior son desplazados a un enemigo interior representado por aquellos que no tienen lo que el consumidor promedio tiene y puede sentir envidia y deseo de poseer los mismos beneficios, las mismas ventajas e incluso los mismos objetos inútiles; los pobres, entonces, representan una amenaza y Bauman agrega:

... los peligros que acarrear dominan la percepción que de ellos se tiene. Esos peligros son tan variados como ellos. Van desde la violencia abierta, el asesinato y el robo que acechan en cada calle oscura, hasta la molestia y la vergüenza que produce el panorama de la miseria humana al perturbar nuestra conciencia. (Bauman, 2011, p. 159).

Las personas nacidas en condiciones de pobreza extrema son empujadas a la marginalidad que funciona como un receptáculo creado para sostener “la imagen de una categoría inferior: gente plagada de defectos que constituye un ‘verdadero problema social’” (Bauman, 2011, p. 9). La construcción del enemigo a partir de la observación de las diferencias (raza, color, religión o posibilidades) es una desgraciada repetición observable en el curso de la historia de las civilizaciones, parecería que siempre existiera la posibilidad de integrar el grupo de “los condenados de la tierra” -como denominara Franz Fanon a las poblaciones colonizadas- y que en estos tiempos, en Occidente, ese es el lugar que ocupan los pobres. En la parálisis política para resolver este terrible problema social se juega la existencia de un porcentaje enorme de la población mundial, drama que el psicoanalista León Rozitchner define así:

se trata (...) de una forma de muerte histórica que trunca la vida de los niños, embrutece a los adultos y los condena al acortamiento de la existencia, al fracaso, a la enfermedad, a la soledad, al miedo y a la locura. (...) Esa forma de muerte histórica que inunda la vida colectiva no es un hecho de azar; está entretejida en cada punto de la trama de la estructura capitalista (...) porque tiene a la extracción y al consumo de la vida ajena como la sustancia de la cual, brutal y necesariamente, se nutre. (Rozitchner, 2003, p. 216).

Tomando estos elementos de la realidad podríamos decir que el psicoanalista debe pensar en dos categorías de trauma: uno asignable a las condiciones de pertenencia social, en las que el marco de miseria económica define limitaciones del desarrollo en todas las áreas, y otro que asignamos de modo exclusivo a los efectos del deseo inconsciente en la estructuración psíquica. El primero, o sea, la sostenida situación traumática de vivir en condiciones de pobreza extrema, debe entenderse como una afectación global sobre las

personas, sometidas a lo que Agamben llamó experiencia de deshumanización. En una acertada referencia expresan Duschatzky y Corea (2002) “¿En qué punto se deja de ser humano? Ese es el único punto verdaderamente en juego en una situación extrema” (p. 73). Las autoras destacan que la tesis de Agamben a partir de la experiencia de Auschwitz es que solo el ser humano puede perder su humanidad y también atacar la humanidad de otro: solo el ser humano puede deshumanizar y deshumanizarse.

Un relato literario: Bruno (Comentario de un cuento)

Me parece oportuno intercalar aquí una reflexión inconclusa sobre un escritor uruguayo y un fragmento de su mundo literario. José Fonseca se ha dado a conocer como escritor a los 58 años, a través de la publicación de su novela *Sucios* que obtuvo, en 2009, el Premio de Narrativa de la Intendencia Municipal de Montevideo. Todo lo que un lector puede saber de él son las escasas referencias que su editor escribe en la contratapa de sus libros, que al 2013 son dos: *Sucios* (novela) y *Flores de baldío* (cuentos). Allí nos enteramos de que Fonseca estuvo encarcelado como preso político entre 1972 y 1985, que luego se retiró a vivir en una zona suburbana y no acepta dar entrevistas periodísticas. Del punto de vista literario se destaca la solvencia de su escritura, que retrata de manera convincente y acritica un mundo marginal en el que sus personajes viven peripecias propias de su realidad cotidiana, es decir que se trata de duros retratos de vidas supernumerarias o, en el decir de Bauman (2005), “vidas desperdiciadas”. El mundo de ficción de este escritor describe una realidad que penetra en el conocimiento de lo que acontece en los territorios de las “favelas” en Brasil, las “villas miseria” en Argentina, los “cantegriles” y asentamientos precarios de Uruguay; universos que se organizan en torno a la producción de los desechos del consumo de otras clases sociales; proliferan allí el tráfico y el abuso de las drogas más baratas y dañinas, de la prostitución más violenta y desesperada como única alternativa, la oscuridad del aislamiento en la ignorancia, la promiscuidad potenciada por el hacinamiento, la carencia de espacios de intimidad, la ausencia de esperanza en la posibilidad de cambio y el depreciado valor de la vida propia y ajena. Personas tan condicionadas por las circunstancias de su nacimiento que parecen contar solamente con la libertad de la muerte. También en esos retratos nos acercamos a eso que, referido a otro contexto, Daniel Gil (2008) llamó “un nuevo tipo de subjetividad” (p. 18). Seguramente la vida en condiciones de exclusión no pueda considerarse un fenómeno nuevo en su cualidad, pero sí en su cantidad, a la manera de un tumor creciente que daña la esencia misma de la socialización humana.

El tratamiento literario que Fonseca hace de sus personajes, de esas “flores de baldío” que asoman cabecitas efímeras entre los desechos del basural, restituye la dimensión subjetiva a esos personajes -ficción que ilustra la realidad-. La literatura, como disciplina artística, da acá ejemplo de discurso que no solamente muestra sino que habilita a pensar; descubre, como muchas veces hace el psicoanalista ubicado en tareas de difusión o de interlocución con otros, favorece

la canalización de miradas sobre la complejidad de la realidad, buscando rescatar al sujeto -espectador de estos tiempos de consumo- de la fascinación y el letargo ante el sufrimiento del semejante. Así el arte y el psicoanálisis y otras disciplinas, se encuentran y confluyen en el trabajo de sacudir al sujeto de la posmodernidad, que como dice Dejours (2006) es un sujeto que tiende a banalizar la injusticia social. Sujeto que el autor citado define con tres ítems: "1) Indiferencia ante el mundo distante; 2) Suspensión de la facultad de pensar y su sustitución por recursos del discurso económico dominante; 3) Abolición de la facultad de juzgar y de la voluntad de actuar colectivamente contra la injusticia" (citado por Carpintero, 2007). En el libro de cuentos *Flores de baldío* de José Fonseca, se destaca un relato donde la extrema crueldad de la miseria económica se entrelaza a la crueldad de la perversión, entendiendo ésta, desde un punto de vista psicopatológico-psicoanalítico, como la destitución subjetiva del otro. Otro que pierde la entidad de semejante para ser en cambio cosificado, anulado en su condición de ser humano.

En el cuento "Verbenas moradas" (Fonseca, 2011, p. 88) Silvia y Bruno, hermanos de 18 y 14 años respectivamente, se acercan caminando a la entrada del parque, donde no han ido por unos días a causa de las lluvias. Acuerdan separarse y volver a encontrarse allí. Silvia tratará de ganar algo de dinero apartándose de las "paradas" ya consignadas a otras prostitutas estables. Bruno entra en el parque, quizás también él pueda hacer "alguna moneda"; Silvia le recomienda que vuelva por el mismo camino, que luego irán juntos a comprar un porro. Ya en los párrafos iniciales de este cuento corto, en el trasfondo del día luminoso se advierten los riesgos a que están expuestos los protagonistas: "tené cuidado con el tipo de la camioneta azul, que es medio raro" y "volví por el mismo camino, así no nos perdemos", señalan en palabras los riesgos y los precarios cuidados de la hermana mayor. Bruno hace su derrotero por el parque y se sienta en un tronco. Un cliente llega, (un hombre de mediana edad que pasa en su coche, lo observa, vuelve, se detiene) lo aborda, se concreta la transacción y cien pesos van al bolsillo de Bruno. Pero la escena no ha sido secreta y tres adolescentes que merodean por allí, ven, se acercan y le exigen el dinero. Rápido aprendizaje de las reglas del mundo de la prostitución y la extorsión, solo esa exigencia motiva la aproximación a Bruno, que pretende defender su dinero.

Bruno trata de salir corriendo, pero Brian le mete la pierna y lo tira al piso. Lo patean mientras él se cubre la cara con los brazos. Uno le mete la mano en el bolsillo y le saca los cien pesos. Otro agarra un palo y lo golpea en la cabeza, en el torso, en los brazos. Le da con ganas.
-Pará, hermano, que lo vas a matar- dice Brian.
-De una. Así no anda con chismes.
-Es un pibe, no seas malo.
Cuando le aflojan ven que no se mueve. (...) Lo agarran de los pies y de las manos y lo llevan a la parte inundada. Allí lo tiran sobre unos arbustos rastroso y se van. (Fonseca, 2011, p. 91).

Una lectura literaria de la realidad puede así mostrar en pocas pinceladas, un cuadro que contiene historia de generaciones detrás del recorte de un momento en la vida de algunos personajes. Desde el

inicio del cuento la preeminencia del dinero necesario, el dinero que falta y es preciso conseguir con los medios de los que se disponga, centra la escena de ingreso al parque de los dos hermanos. Ellos no cuentan con otras herramientas que sus cuerpos o no saben que podrían contar con otras herramientas. A los efectos de la realidad de la historia (de la Historia, también) esta diferencia es irrelevante. El acceso al conocimiento en las poblaciones vulneradas está fuertemente interferido por las urgencias de las operaciones necesarias para sobrevivir. Por otra parte es sumamente difícil salir del hábitat de pertenencia y acceder a otras formas de conocimiento y exploración de recursos para la obtención de los medios económicos necesarios para subsistir. El recambio generacional en las mismas condiciones extrema las posibilidades de perpetuación al mismo tiempo que la urgencia por vivir acelera, frecuentemente, la llegada de la muerte. Así asistimos en el cuento de Fonseca a un crimen formal: Bruno es asesinado a golpes por el chico que blande el palo y su cuerpo arrojado en un rincón inundado, tratado por sus ejecutores como cosa, desecho, basura. Pero si pensamos a Bruno y su circunstancia como representante, símbolo de tantos otros jóvenes que nacidos en condiciones de pobreza extrema no llegan a la adultez, podemos ubicar a la sociedad toda representada por los tres muchachos que lo asaltan y matan, porque es la sociedad en su conjunto la que lo ha colocado allí, en el rincón del parque donde encontró la muerte. Tanto Bruno como los asaltantes pueden ser reconocidos en planos de deshumanización en la apreciación de sí mismos y de los otros. La escena del asalto a Bruno, en su efectiva brevedad, recuerda al *Señor de las moscas* de William Golding³ donde asistimos a la transformación violenta de un grupo de niños que habían quedado solos en una isla luego del accidente del avión que los transportaba. Allí podíamos descubrir -en palabras del autor- "la oscuridad del corazón del hombre": amarga metáfora de la cualidad del ser humano sin reglas y normativas ordenadoras que operen como diques protectores.

Los personajes del cuento "Verbenas moradas" se nos muestran también en un ambiente carente de representaciones de normatividad y protección, expuestos a la violencia presta a eclosionar. Los personajes adultos no son figuras protectoras, el relator nos muestra dos: el "tipo raro" mencionado por Silvia, potencialmente peligroso, y el hombre "de mediana edad" que transa con Bruno.

La escena es como sigue:

Un hombre de mediana edad se baja, mira distraído y pasa junto a él. Cuando vuelve lo mira con decisión. Bruno sostiene la mirada.
-Por fin un día lindo.
-Sí, por fin.
-¿Vos venías caminando con la muchacha que está ahí afuera en la calle?
-Es mi hermana.
-Parece mayor que vos.
-Tiene dieciocho años.

3. Novela de William Golding de 1954

-¿Y vos?
-Catorce.
-¿Y qué hacés acá, solo?
-La espero a ella. Y de paso, si puedo, hago alguna moneda.
-¿Sos bien armadito?
-Tengo lo mio.
-¿Cuánto cobrarás?
-Una gamba.
-Dale.

Salen caminando en busca de un lugar escondido. El hombre va adelante y Bruno atrás. Cuando lo encuentran, Bruno se abre la bragueta y lo deja al tipo hacer. Después cobra los cien pesos y se vuelve a sentar en el tronco. (Fonseca, 2011, p. 90).

¿Cómo pensar a este "hombre de mediana edad" -que bien podría ser un frecuentador de consultorio de psicoanalista- sin deslizarnos en la condena moral ni en la condescendencia simplificadoras en las preguntas que se me imponen sin encontrar respuestas salvadoras tienen que ver con los límites que nos permiten o nos impiden hablar de perversión, y al mismo tiempo que expreso esto pienso ¿qué solucionaría el diagnóstico, o la etiqueta? Acaso las ubicaciones psicopatológicas nos dan un cierto alivio, momentáneos respiros a la zozobra, a la angustia que detonan las aproximaciones a la "oscuridad del corazón del hombre", oscuridad que también podemos llamar debilidad, fragilidad, miseria y desamparo. Para poner orden en la confusión es que se instituyen leyes, y éstas, aún con imperfecciones, organizan. En el breve diálogo entre el hombre y Bruno, se explicita que éste tiene catorce años, es decir que el hombre sabe que Bruno es un menor y sin embargo cierra con él un trato sexo-dinero. Y eso, desde el punto de vista de la ley es un delito. Del punto de vista psicoanalítico tendríamos que considerar la transgresión de fronteras generacionales como fundamental elemento de ataque al ordenamiento simbólico en busca del goce; para el hombre de mediana edad, Bruno no es considerado en su cualidad de niño, sino que es usado -en significación metonímica- como objeto parcial de satisfacción, como elemento vivo para la puesta en escena de su fantasma personal.

Vemos a lo largo del cuento cómo la cualidad de humano de Bruno se desdibuja en manos del hombre de mediana edad primero y de los pares que lo atacan después. Estos son quienes concretizan el asesinato de Bruno pero su muerte estaba ya pre anunciada por las circunstancias de su existir de catorce años en condiciones de deshumanización.

Un cuento clínico: Alicia

Alicia es una joven que llega al análisis enviada por las autoridades del hogar de acogida donde se encontraba internada desde los 14 años por decisión judicial. La historia de Alicia dice que es la mayor de cinco hijos de una pareja que se separó cuando ella contaba 11 años. El padre, alcohólico, abusaba de la niña. La madre decidió dejar a Alicia bajo la tutela del padre y se mudó a otra vivienda con sus cuatro hijos varones. Cuando contaba 13 años quedó embarazada y el padre se ocupó de conseguir las pastillas necesarias para provocarle un aborto. Poco después de ese hecho, Alicia denunció al padre y

éste, ante la perspectiva inminente de la cárcel, se suicidó. La madre acusó a Alicia de ser responsable de que sus hermanos hubieran "perdido al padre".

Palabras

La familia de Alicia vivía en una zona humilde pero integrada a las normativas de la comunidad, en las afueras de una ciudad; los adultos de la historia trabajaban de manera regular, los hijos concurrían a los centros de estudios correspondientes a su edad y se mantenía, en el lenguaje de la madre, la palabra consensuada por el lazo social: "Perder el padre" es una frase que enciende en el sujeto que escucha la lamparilla triste del duelo, los sentimientos de solidaridad, inherentes a la identificación con esos niños huérfanos que todos somos en nuestra conformación básica de sujetos hablantes y que conocemos de modo lacerante en el impacto de la muerte de un padre amado. Niños huérfanos, padre perdido: a esa imagen recurre la madre de Alicia para sacudir de sí las huellas de toda posible responsabilidad y ubicar a la hija en victimaria. La pregunta que se impone es ¿ese era un padre?

La madre

¡Vivimos en un mundo en forma de madre! El aula, la casa o el departamento pueden ser un espacio materno. Además, el contexto en el que se vive es también un sistema que puede servir de madre, buena o mala. A la universidad siempre se la llamó Alma Mater. La Iglesia, claro, es nuestra Santa Madre, y la patria también, la Madre Patria. El viaje al centro de la tierra es, por supuesto, un viaje al cuerpo de la madre. (Leclaire, 2000, p. 277).

El lugar de madre adquiere en la cultura occidental en herencia de las antiguas religiones agrarias y de la mano del cristianismo, una valoración a priori grandiosa que los dichos populares abonan cotidianamente.

A pesar de las oscilaciones históricas en la valoración de la mujer, la función que le toca en la reproducción ha destacado allí un plus, a lo largo de los siglos. La antigua diosa Demeter, honrada representante de la fertilidad de la tierra, la madre gestante y nutricia venerada en cada primavera trocará su pagana imagen inspiradora de orgiásticos sabbats, en la imagen pura y perfeccionada de la madre virgen que el cristianismo entronizó en María, liberándola de los excesos y las debilidades del deseo.

La pluralidad politeísta se anula en la antigua frase repetida a lo largo de siglos de monoteísmo: "madre hay una sola"... y así la madre, desde la perspectiva cristiana, condensa la perfección de ser el recipiente elegido por Dios. Madre única para un Dios Único (aún en el disloque de su condición tripartita). Sin dejar de lado la biología, ya que de ello ha dependido la conservación de la especie, es la cultura que ubica la maternidad en espacio de privilegio. En algunos períodos históricos y/o en determinados estratos sociales ha sido o aún puede consistir en el único atributo de valoración para la mujer; un modo de reconocimiento social, una forma de acceso a precarios beneficios económicos e incluso, en algunos casos, una manera de construir identidad.

Del punto de vista biológico, la madre es la dispensadora de la vida y del punto de vista cultural las características de la indefensión del bebé humano -que demanda un largo período de apego a la madre para su desarrollo- determinan que sea considerada el objeto protector natural, aspectos que abonan la valoración de la mujer-madre. No obstante, en el caso de Alicia, tanto a su analista como a mí nos ha llamado la atención que los integrantes del equipo interdisciplinario que se ocupaba de buscar soluciones prácticas para la joven-cita, insistiera en la propuesta de que volviera a vivir con la madre.

La orientadora social de la institución que tutela a Alicia ha intentado "rehacer el vínculo" entre la joven y su madre. Ha conversado varias veces con ésta e insistido periódicamente en que Alicia acepte "hacer las paces" con su madre. "¡Es tu madre!" es el argumento final a la negativa de la joven. "Esta madre entregó su hija al padre, se la entregó sabiendo que la violaba" recuerda la analista.

Pero la madre habla y dice palabras que se han vuelto poderosas aunque estén vaciadas de contenido, habla de "perder al padre" y esas palabras parecen obturar la consideración de las características del padre del que se habla y de las conductas de abandono de la madre. Una tendencia obnubilante cubre la racionalidad del que escucha.

La insistencia en las bondades de "hacer las paces con la madre" tiene efectos, puesto que a Alicia también le alcanza el mito de la sacralidad materna. Entonces piensa que puede estar equivocada. Es posible que la madre tenga razón y sea ella, Alicia, la responsable de todo lo sucedido, culpable de haber separado a los padres, culpable de haber robado el hombre a la madre, culpable de haber sido la mujer del padre, de haber quedado embarazada, de haber traicionado al padre, de haber provocado la muerte del padre, de haber causado la orfandad de sus hermanos...

Si. El Complejo de Edipo atraviesa la historia de Alicia, lo que nos muestra la eficacia transcultural de la visión freudiana, pero en esta versión se encuentran alteraciones determinadas por la falla simbólica, porque los adultos han tomado del relato solo la crudeza argumental del incesto sin constelación metafórica, sin censura, sin ley reguladora. Los padres, inscriptos en el anverso de la moneda neurótica, tomaron a su hija como cosa y la sometieron al arbitrio de sus deseos incestuosos-mortíferos, asegurando así la efectividad del trauma.

Se espera que el psicoanálisis iniciado, a través de la reinscripción de la palabra ordenadora, libere a Alicia. La analista está allí para recibirla, para escuchar y nombrar. Y también para sostener el desmontaje de lo incorporado en una breve vida donde el odio prevaleció sobre el amor. Analista y paciente señalarán las aproximaciones a la verdad de lo inconsciente, esa verdad que nombrará el deseo sexual incestuoso y el deseo parricida y -en aparente paradoja- le permitirá así *liberar-se* -precisamente- de los lazos mortíferos del deseo parental.

Fantasma y realidad: Excesos

Múltiples preguntas se abren en relación a las posibilidades de organización psíquica de personas que, como Alicia, han sido desde niños víctimas de la violencia. La organización estructural con base

en el equilibrio entre las fuerzas pulsionales y la represión aparece cuestionada por el peso de la realidad experimentada. ¿El fracaso del mecanismo de la represión evidenciado en la puesta en acto del incesto por parte de los adultos ha de tener, inevitablemente, efectos en la organización psíquica de los hijos? ¿Se impondrá la repetición? Una de las principales inquietudes de la analista de Alicia se hacía eco de los interrogantes de la paciente: ¿podría ella diferenciarse de sus padres? ¿ser diferente para sus hijos? ¿no repetir la historia?

La analista se interroga acerca de las posibilidades de reinversión-transformación en una subjetividad tempranamente arrasada por la tragedia y sus efectos traumáticos.

El psicoanálisis nos ha enseñado el valor estructurante de la sexualidad. Es en la interacción con el otro, desde el despertar de la pulsión, que se escribirá el derrotero del deseo, marcando, instrumentando para la vida desde el deseo del otro. Deseo que vehiculará lo inconsciente (excesivo, enigmático) representable y no representable. Ahí el sentido de entender la sexualidad, en psicoanálisis, como elemento traumático y a la vez instituyente de lo inconsciente. El exceso inevitable del encuentro entre el adulto y el infans será marca de amor y marca de ausencia, investimento imprescindible para constituirse sujeto.

El uso que un adulto puede hacer de un niño para su placer sexual, será en cambio expresión de deseo de muerte, intento de aniquilación de la cualidad de sujeto del otro, cosificación que marca caminos de desubjetivización, alienación. Si los adultos que cosifican al niño son sus padres, aquellos humanos de quienes el niño esperaría protección y cuidados, el acto añade factores enloquecedores para el sujeto.

El lugar de los padres, como sostén de la familia patriarcal, modelo estandarizado hasta la segunda mitad del siglo XX, es lo primero que se evidencia cuestionado, fallante y/o pervertido en los relatos que anteceden: el lugar de los padres de Bruno aparece en el relato precariamente suplido por la hermana. En el relato de Alicia las funciones paterna y materna están distorsionadas: los padres han pervertido la función, sustituyendo el amor y la protección por la intromisión y el desamparo.

El filósofo Dany-Robert Dufour (2007) afirma que "en nuestras sociedades, ante nuestros ojos, se está cumpliendo una mutación histórica de la condición humana" (p. 31). Este autor nos habla de un proceso de desimbolización, que a nivel del sujeto implicaría fallas a nivel de la constitución del superyó; por un lado pérdida, privación de los ideales del yo, por otra, complementariamente, "caída del superyó en su faz simbólica, allí donde se inscribe la ley" (Dufour, 2007, p. 120). Las fallas en el superyó, en consonancia con una alteración global de la constitución psíquica, podría ser una forma de entender el proceder de los personajes adultos de estas historias. Adultos abocados a la satisfacción primaria de sus impulsos en desconsideración del otro y sin una desconexión del principio de realidad. El suicidio del padre de Alicia no parece haber sido abonado por la culpa sino en evitación del castigo que provendría de la aplicación de la ley. La madre de Alicia también suma a los actos de violencia y desamparo la ausencia de sentido de responsabilidad y culpa. En el relato de

ficción, el acto de esconder el cuerpo de Bruno por parte de los jóvenes asesinos, sucede de forma inmediata al homicidio y éste se inscribe con terrible naturalidad en la rutina de los personajes.

¿Serán éstos, adultos y jóvenes, ejemplos de un porvenir que se aleja de la organización neurótica para, en el alojamiento del lazo simbólico, acoger la primacía de las organizaciones psicóticas y perversas?

Coda

Entre los elementos que la sociedad posmoderna parece estar desconsiderando se encuentran transformaciones fundamentales en las condiciones de organización del psiquismo. Estos son aspectos en los que la perspectiva del psicoanálisis tiene mucho para decir y, si las circunstancias lo permiten, también para aportar, no solamente desde la observación de los cambios en las subjetividades que favorece la práctica del psicoanálisis individual, sino desde la intervención a nivel comunitario y en interlocución con otras disciplinas, en diálogo con todas las producciones reactivas a la pasivización de que nos habla Dejours; pasivización promovida por el letargo narcisista al que nos invita la cultura del consumo. Hoy la promoción del psicoanálisis opera a través de la inclusión del psicoanalista en el medio, con dos metas en el horizonte. Por una parte buscar incidir en la interposición del pensamiento a la acción, en una reflexión compartida acerca de las condiciones de subjetivación en nuestras realidades sociales. Por otra parte, simultáneamente, la inclusión activa en la sociedad de nuestro tiempo nos permite seguir sosteniendo el psicoanálisis en su dimensión de pensamiento cuestionador, no funcional a lo establecido sino alentando en el carácter de "peste" que su fundador quiso asignarle.

Resumen

Este trabajo es un ejercicio de interdisciplina, en el entendido de que es importante mantener la teorización psicoanalítica en apertura a la interlocución con las llamadas "ciencias del hombre" y con las disciplinas artísticas, generando una permeación que redunde en aportes mutuos. El texto busca la aproximación a algunos efectos que puede tener la realidad social traumática sobre la estructuración psíquica, diferenciando -y aproximando- trauma social de/a la noción de trauma fundante u organizador, formulaciones que nos son familiares en psicoanálisis. También se intenta plasmar algo de lo observable en las transformaciones sociales generadas por los cambios culturales de las últimas décadas y sus efectos en poblaciones carenciadas. Transformaciones culturales que indican un alojamiento del lazo simbólico parecen estar evolucionando hacia una aceptación colectiva pasiva entendiéndose este hecho como un efecto de transformación subjetiva propia de la sociedad de consumo en la posmodernidad. Para el desarrollo de estos planteos se analizan y relacionan dos relatos, uno literario y otro clínico-literario.

Descriptores: *Interdisciplina, Realidad, Realidad psíquica, Trauma, Perversión.*

Abstract

This work is an interdisciplinary exercise, understanding that it is important to keep in psychoanalytic theorizing opened to dialogue with the so-called "science of man" and artistic disciplines, creating a permeation resulting in mutual contributions. The text is an approach to some possible effects of traumatic social reality on the psychic structuring, differing - and bringing near - social trauma from the notion of foundational or organizing trauma, formulations that are familiar to us in psychoanalysis. It also tries to capture some of what can be observed in social transformations generated by the cultural changes of the last decades and its impact on disadvantaged populations. Cultural transformations that indicate a loosening of the symbolic tie seem to be evolving towards a passive collective acceptance, understood as an effect of the own subjective transformation of the consumer society in post-modernity. For the development of these statements two stories are analyzed and related, one literary and other clinical-literary.

Keywords: *Interdiscipline, Reality, Psychic reality, Trauma, Perversion.*

Referencias

- Bauman, Z. (2005). *Vidas desperdiciadas*. Buenos Aires: Paidós.
- Bauman, Z. (2011). *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*. Barcelona: Gedisa.
- Carpintero, E. (agosto, 2007). El Psicoanálisis es un plural (respuesta al Libro Negro del Psicoanálisis). *Topía*. Recuperado de <http://www.topia.com.ar/articulos/el-psicoan%C3%A1lisis-es-un-plural>
- Chemama, R., & Vandermersch, B. (2004). *Diccionario del psicoanálisis* (2ª ed.). Buenos Aires: Amorrortu.
- Dejours, Ch. (2006). *La banalización de la injusticia social*. Buenos Aires: Topia.
- Dufour, D.-R. (2007). *El arte de reducir cabezas*. Buenos Aires: Paidós.
- Duschatzky, S., & Corea, C. (2002). *Chicos en banda*. Buenos Aires: Paidós.
- Fonseca, J. (2011). *Flores de baldío*. Montevideo: Trilce.
- Gil, D. (2008). El modelo carcelario: Un analizador de la sociedad. En Asociación Psicoanalítica del Uruguay (Ed.), *Exclusión-inclusión* (pp. 8-19). Montevideo: Autor.
- Leclaire, S. (2000). *Escritos para el psicoanálisis I: Moradas de otra parte (1954-1993)*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Rozitchner, L. (2003). *Freud y el problema del poder*. Buenos Aires: Losada.
- Viñar, M. (2002). *Psicoanalizar hoy*. Montevideo: Trilce.